



ACTO II

Interior de un bosque. En el fondo se ve la entrada de una cueva. El suelo se va elevando hasta la mitad del escenario, en donde forma un pequeño llano; desde allí declina hacia el fondo en dirección á la cueva, de modo que de ésta sólo se divisa la parte superior de su abertura. Hacia el lado izquierdo se distingue, al través de los árboles del bosque, una pared de rocas llena de grietas. Todo lo domina la noche oscura, siendo la oscuridad mayor en el fondo, de modo que al principio el espectador no puede distinguir nada.

ALBERTO.—En el bosque y de noche vigiló la cueva de la envidia; mi mirada está acechando la oscuridad; mis oídos se empeñan en percibir el menor ruido. ¿Tiemblas ya, día de angustia? ¿amaneces á través de la umbria? (*De la derecha del bosque sale un viento borrascoso.*) ¿Qué resplandor reluce allí abajo? Va acercándose un claro fulgor, corre como un caballo luminoso, atraviesa hacia aquí el bosque resoplando. ¿Se acercará ya el matador del dragón? ¿será ya aquel en cuyo poder tiene que caer Fafner? (*El viento cesa; el resplandor desaparece.*) El resplandor desaparece, su brillo se esconde á la mirada; vuelve á ser de noche. ¿Quién se acerca por allí relumbrando en la oscuridad?

EL VIAJERO (*sale del bosque y se para frente á Alberto*). —De noche fui á la cueva de la envidia; ¿á quién percibo allí en las tinieblas?

(*La luna aparece como si de pronto se hubiese rasgado una nube que la cubría, é ilumina al viajero.*)

ALBERTO (*reconoce al viajero y retrocede asustado*). —¿Tú mismo en persona te atreves á venir? (*Se enfurece.*)
¿Qué quieres aquí? Vete, desvergonzado ladrón.

EL VIAJERO.—Alberto, ¿por qué vagas tú por ahí?
¿guardas la casa de Fafner?

ALBERTO.—¿Vas en busca de alguna mala acción? Vete de aquí! Este sitio está ya lleno de muchos engaños tuyos. Insolente, líbrale ya de tu presencia.

EL VIAJERO.—Vine á ver, no á hacer nada; ¿quién prohibirá que siga su camino el viajero?

ALBERTO (*se rie maliciosamente*).—Oh tú, consejero de astucias! Para darte gusto tendría que ser tan tonto como cuando me ataste. ¡Cuán fácil sería volverme á robar el anillo! Ponte sobre aviso: ya conozco tus mañas y no pasaron inadvertidas para mí tus debilidades. Con mis tesoros pagaste tus deudas y mi anillo premió el trabajo de los gigantes que edificaron tu castillo; lo que con ellos contrataste está aún grabado en tu lanza. No debes arrebatar á los gigantes lo que como salario les diste: tú mismo harías que el asta de tu lanza se hiciese astillas; en tu mano se convertiría en polvo tu fuerte bastón de mando.

EL VIAJERO.—Las fórmulas del contrato no tienen nada que ver contigo; mi lanza poderosa te sujeta á mí; por esto la conservo para la guerra.

ALBERTO.—¡Con qué orgullo me amenazas mientras en tu interior tiembles y vacilas desconfiando de ti mismo! Fafner, el que guarda el tesoro, está condenado á muerte por mi maldición: ¿quién le heredará?
¿Volverá á pertenecer el deseado anillo al nibelungo?
Esta idea no te deja descansar ni un momento. Por-

que si llega á estar de nuevo en mi poder, usaré de otro modo que los torpes gigantes, de la fuerza que me comunica; tiembla entonces, protector sagrado de los héroes, porque con el ejército Hella asaltaré las alturas de Walhalla y luégo seré yo quien gobernará el mundo!

EL VIAJERO.—Conozco tu intención; pero no me da cuidado: disponga del anillo quien lo gane.

ALBERTO.—¡Cuán encubierto dices lo que yo sé tan claro! Tu arrogancia se apoya en hijos de héroes que brotan de tu sangre. Muy bien cuidaste de un niño que discreto te alcanzará el fruto que tú no debes coger.

EL VIAJERO.—Conmigo no, dispútate con Mime; tu hermano te trae peligro; viene con un joven que ha de matar á Fafner. Nada sabe él de mí; el nibelungo le utiliza para él; por esto te digo que obres como quieras. Óyeme bien y ponte sobre aviso: el joven no sabe nada del anillo y Mime procurará obtenerlo.

ALBERTO.—¿Y tú alejarás del tesoro tu mano?

EL VIAJERO.—Dejo á quien yo quiero, que salga fiador de sí mismo; si vence ó sucumbe, él es su propio señor; sólo héroes pueden convenirme.

ALBERTO.—¿Entonces sólo con Mime tengo que pelear por el anillo?

EL VIAJERO.—Fuera de ti, sólo él lo desea.

ALBERTO.—¿Y á pesar de esto no lo ganaré?

EL VIAJERO.—Se acerca un héroe á libertar el tesoro; dos nibelungos lo desean; cae Fafner que guarda el anillo: quien se apodere de él lo ha ganado. ¿Quieres más aún? Allí yace el dragón: si le adviertes del peligro que corre su vida, con gusto te cedería el anillo. Yo mismo voy á despertarle. (*Se vuelve hacia atrás.*)
Fafner! Fafner! despierta, dragón!

ALBERTO (*con admiración y atento, por lo bajo*).—¿Qué hace este salvaje? ¿me lo cede de veras?

(Desde la más oscura profundidad del escenario se oye la voz de Fafner.)

FAFNER.—¿Quién turba mi sueño?

EL VIAJERO.—Quien viene á anunciarte el peligro que corres y que te salvará la vida si tú en cambio le das el tesoro.

FAFNER.—¿Qué quiere?

ALBERTO.—¡Alerta, Fafner! Alerta, dragón! Un héroe se acerca que quiere vencerte.

FAFNER.—Tengo hambre de él.

EL VIAJERO.—Muy osado es el mozo y muy afilada su espada.

ALBERTO.—Sólo desea conquistar el anillo de oro: yo evitaré el combate, y en premio me lo darás; te quedarás con el tesoro y vivirás tranquilo.

FAFNER (*bostezando*).—Estoy echado y lo poseo; dejadme dormir.

EL VIAJERO (*soltando la carcajada*).—Alberto, no surtió efecto la treta, pero no me trates ya más de pillo. Una cosa te aconsejo, atiéndeme bien: cada clase tiene su modo de ser que no puede mudarse. Te dejo el campo libre: colócate en sitio fuerte; prueba de competir con tu hermano: á los de tu clase los entenderás mejor. Pero aprende también lo que esté fuera de esta.

(*Desaparece por el bosque. Se levanta un viento borrascoso y se calma en seguida.*)

ALBERTO (*después de haberle estado mirando enfurecido mucho rato*).—Se va, montado sobre veloz caballo, y me deja burlado con viva angustia! Seguid riendo vosotros, inadvertida raza de los dioses: os estoy viendo desaparecer á todos! Mientras brille á la luz el oro, cuidará de él un sabio. Su valor os engañará.

(*Amanece. Alberto se esconde entre las rocas.*)

(*Mime y Sifredo se presentan al rayar el alba. Sifredo lleva la espada pendiente de la cintura. Mime examina el lugar con detención y finalmente también el fondo, el cual, mientras se va iluminando la altura, permanece oscuro.*)

MIME.—Hemos llegado al lugar; quédate aquí.

SIFREDO.—¿Aquí tengo que aprender lo que es miedo? Muy lejos me has llevado; toda la noche hemos andado por el bosque. Ahora, Mime, tendrás que dejarme. Si no aprendo aquí á temer, seguiré andando solo: al fin me libraré de ti.

MIME (*se sienta frente á Sifredo pero de modo que queda de cara á la cueva*).—Créeme, querido; si no aprendes hoy aquí lo que es miedo, difícilmente lo aprenderás en otra ocasión y otro lugar. ¿Ves abajo, la oscura boca de la cueva? Pues allí vive un dragón que es terriblemente feroz y de colosales dimensiones; su boca, desmesurada; es capaz, aquel monstruo, de tragásete de un bocado.

SIFREDO.—Bueno será cerrársela; por esto no me acerco á sus dientes.

MIME.—Su baba es venenosa y corroe la carne y los huesos.

SIFREDO.—Para que no me devore con tal veneno, me echaré á un lado.

MIME.—Tiene una cola de serpiente, con la cual le rompe á uno los miembros como si fuesen de vidrio.

SIFREDO.—Para librarme de los golpes de la cola no he de perderle ni un momento de vista. Pero dime, ¿tiene corazón?

MIME.—Muy duro y fiero.

SIFREDO.—Pero lo tendrá donde todo viviente, así los hombres, como los animales.

MIME.—Cierto que sí; ¿va entrándote el miedo?

SIFREDO.—Hundiré en su corazón mi espada; ¿á esto le llamas miedo? ¿Esto es lo que toda tu sabiduría

alcanza á enseñarme? Sigue tu camino, que yo aquí no aprenderé á temer.

MIME.—Espera y verás. Lo que te digo te parecen palabras huecas: tú mismo tienes que verle y que oírle; ya perderás los sentidos! Cuando se te ofusque la mirada, el suelo tiemble bajo tus piés y en el pecho te lata agitado el corazón, entonces no agradecerás que te haya conducido aquí, y te acordarás de lo mucho que Mime te quiere.

SIFREDO (*se levanta sobresaltado*).—¿No te he dicho ya que no me has de querer? Apártate de mis ojos, déjame solo: no me quedo ni un momento más aquí si empiezas á hablar de tu cariño. ¿Cuándo acabarás de mover enternecido la cabeza y de guiñar el ojo? ¿Cuándo podré librarme de ese necio?

MIME.—Ya te dejo; voy á tenderme al lado de la fuente. Tú quédate; en cuanto amanezca saldrá el dragón de la cueva y vendrá hacia aquí: dará por aquí la vuelta é irá á beber á la fuente.

SIFREDO (*riendo*).—Mime, si estás en ella, dejaré que vaya allí el dragón; no le hundiré la espada en los riñones hasta que te haya tragado á ti con el agua. No; atiende mi consejo; no te estés mucho rato en la fuente, vete tan lejos como puedas y no me vuelvas á encontrar.

MIME.—Después del esforzado combate, no me despreciarás un refresco. Llámame también si necesitas algún consejo ó bien si te decides por asustarte.

(*Sifredo le despide con violento ademán.*)

MIME (*al irse se dice á sí mismo*).—Fafner y Sifredo, Sifredo y Fafner! Oh, si ambos se matasen!

(*Se mete en el bosque.*)

SIFREDO (*solo; se sienta al pié de un gran tilo*).—¡Cuánto me alegro de que aquel no sea mi padre! Sólo ahora empieza á gustarme la frescura del bosque, y me parece grato el albor del nuevo día, puesto que

aquel hombre ruín se ha separado de mí para siempre. (*Meditando.*) ¿Cómo sería mi padre? Ah! seguramente igual á mí, pues si en algún lado existiese un hijo de Mime, ¿no se le parecería completamente? Sería igual á él, feo, moreno, pequeño, cojo y torcido, jorobado, y como él tendría las orejas colgantes y los ojos llorosos. ¡ Afuera ese muñeco... no quiero verle más! (*Se echa hacia atrás y mira la cima del árbol. Largo silencio. Movimiento en el bosque.*) Pero ¿qué aspecto tendría mi madre? Esto sí que no puedo llegármelo á imaginar! De seguro brillaban sus ojos como los de una corza, sólo que serían mucho más hermosos!... Me dió con pena á luz, pero ¿por qué murió entonces? ¿Se mueren todas las madres por culpa de sus hijos? ¡Qué triste sería esto! ¡Ay, si yo pudiese conocer á mi madre!... (*Suspira y se echa hacia atrás. Largo silencio. El canto de los pájaros atrae por fin su atención. Escucha á un hermoso pájaro que está sobre él.*) Hermoso pajarillo, á ti nunca te oí: ¿vives aquí en este bosque? Si entendiese su dulce gorjeo, de seguro que me contaría algo, quizás, de mi buena madre. Un enano regañón me ha dicho que podía llegarse á entender el trinar de los pájaros: ¿sería posible? (*Fija la mirada en un cañaveral cerca del tilo.*) Ah! ya sé cómo probarlo; cantaré lo que él cante, reproduciré en la caña su propia melodía. Le adivinaré las palabras y cantando así entenderé lo que dice. (*Corta con la espada una caña y prueba de hacer de ella una flauta.*) Calla y escucha, pues voy á empezar á hablar. (*Intenta imitar con la flauta el canto del pájaro, pero viendo que no puede lograrlo mueve la cabeza y lo deja.*) No suena bien; con esta flauta no puedo imitar su dulce melodía. Ay, pajarillo! me parece que no lo lograré; no es fácil aprender tu melodioso trinar! Casi me avergüenza este picarón que me escucha: mira y no puede entender nada. Ah! Pues

entonces oye la voz de mi cuerno. Con ese grosero canuto no lograré nada; escucha, pues, una de mis alegres melodías del bosque. Siempre busqué con ella compañeros alegres; jamás encontré otra cosa que lobos y osos. Voy á ver ahora á quién me trae. ¿Será algún buen camarada?

(*Ha tirado la flauta y toca una alegre melodía con su bocina de plata.*)

(*Algo se mueve en el fondo. Fafner, en forma de un enorme lagarto, se ha levantado de su lecho en la cueva, atraviesa los matorrales y se revuelca desde lo más hondo á lo más elevado, de modo que ya ha llegado á ella de medio cuerpo arriba. Exhala un gran suspiro.*)

SIFREDO (*se vuelve, ve á Fafner, le mira admirado y se ríe*).—Esta vez sí que me ha traído mi melodía algo gordo... un buen compañero!

FAFNER (*se ha parado al reparar en Sifredo*).—¿Quién va?

SIFREDO.—Ah! ¿eres un animal que sabe hablar? Tal vez algo se podría aprender de ti. Aquí tienes á quien no sabe lo que es miedo: ¿podrías tú enseñárselo?

FAFNER.—Eres muy arrogante!

SIFREDO.—¡Arrogancia y valor! Qué sé yo! Pero voy á acercarme á ti, como no me enseñes lo que es miedo!

FAFNER (*se ríe*).—Quería beber: ahora tengo también para comer. (*Abre la boca y le enseña los dientes.*)

SIFREDO.—¡Magnífica garganta! Delicadísimos dientes tienes en ese hocico goloso! Bueno sería cerrarte esa boca, que se te abre demasiado.

FAFNER.—Para soltar frases huecas no sirve, pero sí para tragarte. (*Le amenaza con la cola.*)

SIFREDO.—¡Oh animal furioso y cruel! no me haría mucha gracia ser digerido por ti: me parece mejor que revientes en seguida.

FAFNER (*rugiendo*).—Pruh! Ven acá, niño fanfarrón!

SIFREDO.—Alerta, que se acerca el fanfarrón.

(*Se coloca delante de Fafner: éste sube un poco más alto y le escupe por las narices. Sifredo salta á un lado. Fafner echa la cola hacia adelante para coger á Sifredo; éste la evita saltando sobre la espalda del dragón; al verse amenazado con la cola, Sifredo la hiere con su espada, Fafner la recoge, ruge y se abalanza erguido para aplastarle con todo su peso; así le ofrece el pecho; Sifredo busca rápidamente el lugar del corazón y le hunde la espada hasta el puño. Fafner se alza impelido por el dolor y cae luego después de clavarle Sifredo la espada.*)

SIFREDO.—Yace aquí, animal venenoso; llevas en el corazón mi espada.

FAFNER (*con voz más débil*).—¿Quién eres tú, joven valiente, que me has herido en el corazón? ¿Quién animó tu valor de niño para cometer esta acción criminal? No fuiste tú quien meditó lo que acabas de hacer.

SIFREDO.—Poco sé todavía... ni siquiera quién soy yo; tú mismo fuiste quien me excitó á empeñar contigo este combate.

FAFNER.—Joven valiente, que á ti mismo te desconoces, voy á anunciarte á quién diste muerte. Los que en un tiempo dominaron el mundo, los de la raza esclarecida de los gigantes, Fasolt y Fafner, ambos hermanos cayeron. Por oro maldito, regalo de los dioses, dí muerte á Fasolt: al que ahora, bajo la forma de dragón, guardaba el tesoro, mató un héroe. Vive siempre alerta, joven; la traición rodea al dueño del tesoro; el que á ti, ciego, te excitó á cometer este